

Clitemnestra al sur

No, doctor, no voy a declarar hasta que no se hayan pasado un poco los efectos de lo que me dieron a tomar después del crimen, quiero decir cuando me sacaron de la casa y me llevaron en furgón cerrado con sirena. Puedo acordarme de eso. Curiosamente había tomado muchas más cosas pero los efectos desgraciadamente se me pasaron entonces. Sí, el antidepresivo, el sedante, el anticonvulsivo y seguramente el hipnótico vendría después si no me hubiera azuzado como lo hizo, si no se hubiera engolosinado con mi miseria. Pero se puso cruel y yo ya lo sabía: era un monstruo, una fiera. Sí doctor, lo que haya escuchado de él, es cierto y más. Allá en Buenos Aires. Fue una bendición venir acá. Esas muertes, que coronaban su trabajo de persecución y espionaje. ¡Ah! No le gusta escucharlo. Maté a un monstruo, por eso no quiero atenuantes, no quiero que piensen o digan –nadie lo creería, sobre todo tantas mujeres que viven con monstruos así- que me agarró un ataque de locura, una suspensión repentina de la razón, o la conciencia... soy apenas licenciada, disculpe doctor, de ciencias humanas poco sé –que fue por toda la farmacia encima y el alcohol. Del mejor claro, desde las ocho de la noche arrancamos con tragos y fernet los chicos y después los vinos y la carne acaramelada, ya con champagne del más seco, él lo dispuso, como una alfombra de púrpura para un dios que le tendiera el fin de año. Víspera gloriosa dijo, víspera de mudarse al palacio de la capital, amado por el pueblo, consagrado en las urnas, victorioso, cómo no iba a inaugurar el año así. Y me dijo, a mitad de la comida, desbordado, “vos, loca, no te venís conmigo”. Y completé ¿vas con la diputada, rellenita y hechicera? ¿De primera dama o primera puta? Y los chicos miraron, no con horror, como antes, o miedo sino con hastío, con cara de “¿otra vez, mamá?” Y mi hija, con la mirada de mujer avergonzada de su madre... me lo gritó en su adolescencia, que no quería ser como yo... y mi hijo mayor que por suerte nació en

estas épocas benignas, -permita que me ría un poco doctor y espero que no haya cámaras- y no en épocas de muerte permitida organizada y programada, porque ahí tendríamos a otro rey en estado de principito, sí, me río, mi hijo lo adora, lo aprueba sin saber, lo copia, y en esa copia está el desprecio por mí, no pude hacer nada y ¿sabe por qué? Porque yo soy cómplice. Cóm-plice de todas y cada una de las tropelías de él. El tiro en el ojo estuvo muy bien, y le aseguro que los moretones son y están donde él los puso. Me adivinó el movimiento y me apuré, me enredé en la ropa de mierda vaporosa carísima inútil para una vieja como yo. Una vieja rica, con la piel tan fina y floja que un dedo la marca. ¿Cómo no con esas manazas de temer, con la fuerza de ese cuello de toro que se ensanchó desde que el tiempo le hizo el mismo daño que a mí, ¡pero tan diferente!, las canas, el grosor del pecho y el vientre, las marcas de expresión parecen nobles en el rostro del monstruo. Pero ya con ese ojo en el piso no parecía hermoso... ¡pobrecito mi amado rey! Pero ¿sabe desde qué lejos lo vi venir, doctor? Cuando me ponía a soñar con el palacio de gobierno. Yo, doctor, filtrando y administrando su poder y sus abusos, su discrecionalidad que era la mía, sabe, la mía, no la de otro ni la de él. Y podía tener todas las chirusas del pueblo, las bien putas del instituto de belleza, que me miraban con sorna pero al mismo tiempo con respeto por mi superioridad. Pero irse con la diputada a reinar y dejarme a mí acá haciendo qué, doctor, si siempre fui su cómplice absoluta. No, denunciarlo para qué, ¿para que me mandara matar? ¿Para que me declarara loca, me envenenara o me preparara un accidente como el de... ¡no! ¿detenerlo? únicamente con la muerte.

El poder abusa del poder, doctor, y yo vaticiné con los primeros crímenes que esto iba a pasar. Antes de la pelea, y creo que allí lo decidí en mi nube de pedo alcohólico y químico, probó el cordero con salsa y con el cuchillo en la mano dijo “es como comerse

un bebé” y sentí la náusea del odio crecer en la garganta, pero seguí bebiendo y nos levantamos y ya en el cuarto, en medio del mareo me zafé de sus garras y de sus insultos, del cajón saqué la pistola y escapando pasé por el baño golpeé con el fierro las porcelanas y él me siguió y disparé. En el ojo estuvo bien, derramado podrá mirarse en su verdadera monstruosidad. Por eso no voy a negarme a declarar. Y si caigo en la locura déjeme decirle que va a ser por lo que vi en los ojos de mis hijos, por lo que les hice a ellos. Porque su descendencia lleve su marca. Y déjeme decirle que no hay muertes buenas y muertes malas. Nunca. Podrá juzgarme un dios, el que esté de turno, pero también los dioses se equivocan, doctor.

*En un confuso episodio, en la madrugada de ayer **murió el gobernador de Río Negro, Carlos Soria** , tras recibir un disparo en la cara cuando estaba a solas con su esposa en una habitación de su chacra. El hecho provocó una profunda conmoción en la provincia.*

*Soria había celebrado el Año Nuevo junto con su mujer y sus tres hijos con sus respectivas familias. Al momento de recibir el disparo estaba semidesnudo. El gobierno provincial expresó, ocho horas después del hecho, que la muerte del mandatario "se produjo presumiblemente producto de un accidente doméstico, debido a la manipulación de un arma de fuego". El vicegobernador Weretilneck afirmó en declaraciones radiales que en la residencia donde ocurrió el hecho "no había nadie más" que **el gobernador Soria** "y su esposa". El vicegobernador dijo que "será la Justicia la que determine la verdad de los hechos". Algunos medios patagónicos señalaron que la muerte del gobernador se habría producido en medio de una discusión familiar. La esposa de Soria se presentó de manera voluntaria en la Justicia, donde fue sometida a la prueba de dermatest para verificar si manipuló el arma de fuego que terminó con la vida del gobernador.*

(del diario La nación, 2 de enero de 2012)